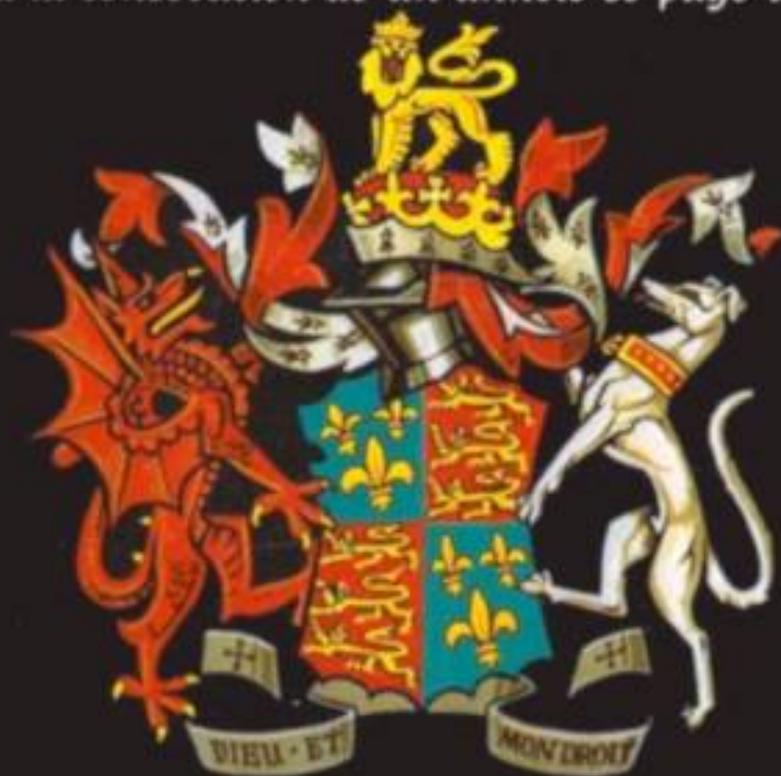


Victoria Holt  
como Jean Plaidy

# EL TRONO CODICIADO

*Nunca la consecución de un anhelo se pagó tan caro.*

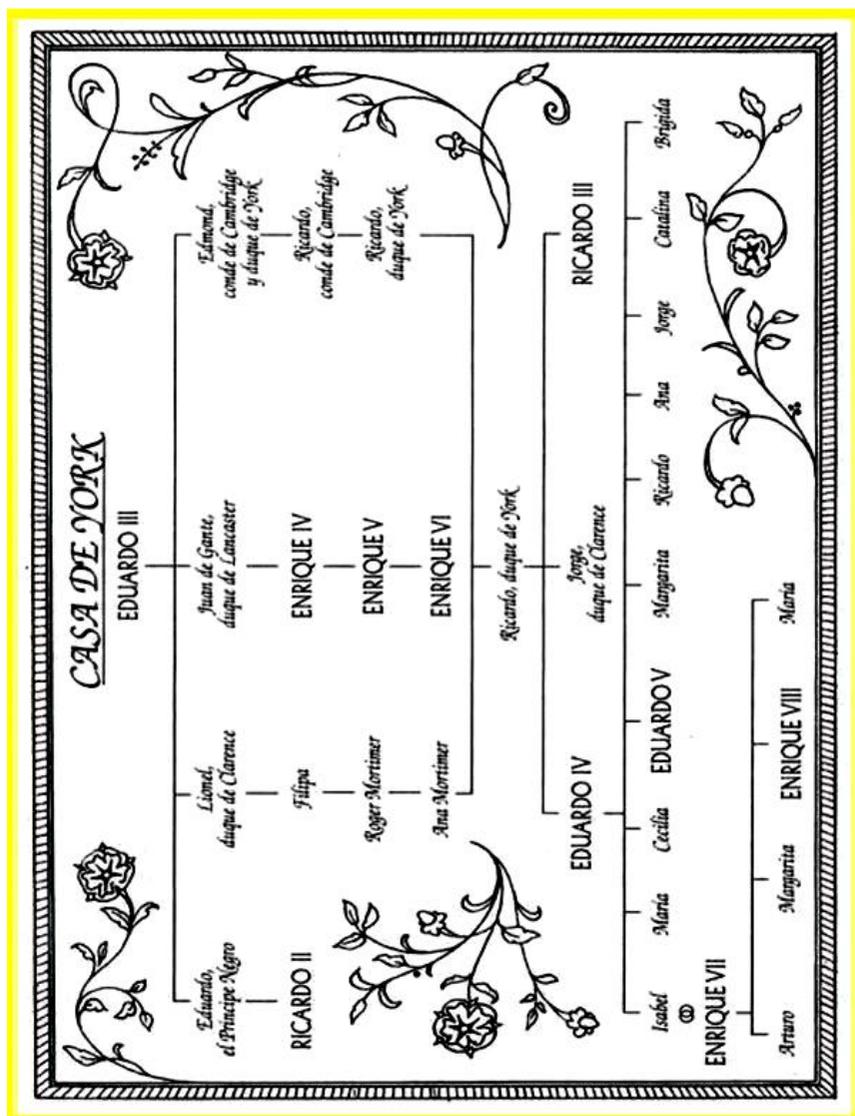


Para el final de la sangrienta guerra de las rosas Enrique Tudor se ha hecho con la corona de Inglaterra. Y ha logrado unir a las beligerantes casa de York y Lancaster a través de su matrimonio con Isabel de York. Pero mientras busca reinar sabia y justamente, lo persiguen los hermanos de Isabel; los tristemente célebres Príncipes de la torre. La suerte de Eduardo V y su hermano Ricardo de Shrewsbury en la torre de Londres será para siempre un secreto. Entonces la tragedia golpea el corazón de la familia de Enrique, y es contra su propio hijo que el viudo rey deberá pelear por una novia y el trono.

Con inquietud reposa la cabeza corona-  
da.

WILLIAM SHAKESPEARE,  
*Enrique IV*, parte segunda, acto III, esce-  
na primera

# Genealogía





## EL NACIMIENTO DE UN PRÍNCIPE

**U**n día brumoso de septiembre del año 1486 una gran consternación paralizó el palacio de Winchester: la reina, que no se esperaba que diera a luz hasta un mes más tarde, estaba con dolores. Un hecho sin duda extraordinario, por cuanto solo habían transcurrido ocho meses desde la boda. La fecundidad de la reina, por lo que tenía de prometedor, había sido motivo de júbilo para todos, y si hubiera dado a luz al cumplirse los nueve meses de la celebración, el hecho habría sido acogido con suma alegría. Pero un parto tras solo ocho meses de embarazo era un acontecimiento harto desconcertante, aunque nadie puso en duda, ni por un momento, que se tratara de un parto prematuro.

La reina Isabel estaba sentada junto a su hermana Cecilia, de diecisiete años, y su hermana Ana, que solo tenía once; bordaban en silencio un mantel para el altar: la madre del rey, por quien sentían un temor reverente, había decidido que esta era la ocupación más adecuada para ellas en aquel momento en que tanto necesitaban de los favores de la Providencia. Incluso Ana sabía –puesto que continuamente hablaban de ello– que era de vital importancia que la reina diera a luz un niño sano.

La reina y sus hermanas habían atravesado momentos difíciles, que estaban todavía vivos en sus memorias. Su padre, el magnífico y todopoderoso rey, las había tratado con mimo y blandura, pero en el santuario de Westminster

habían sufrido privaciones y temido por sus vidas. Una cosa habían aprendido: la vida era incierta y en el espacio de unos pocos días podía cambiar drásticamente.

Isabel se había casado por fin con el rey y, aunque hubo un tiempo en que temieron que Enrique Tudor no haría honor a su promesa, ahora se sentían relativamente seguras. Si la criatura que estaba a punto de nacer era un niño sano, verían incrementadas sus posibilidades de hacer bodas ventajosas y de vivir con desahogo. O quizá tan solo de sobrevivir...

Cecilia, mientras daba puntadas en el borde del manto de la Virgen con un hilo de seda azul intenso, se preguntaba cuándo llegaría el día de su boda. Deseaba que su futuro esposo fuera alguien de la corte del rey, porque no quería verse apartada de los suyos. Hubo un tiempo en que creyó que la obligarían a ir a Escocia, donde se hubiera convertido en la reina de los escoceses, pero, como solía ocurrir en la mayoría de los casos en que se proyectaban matrimonios por interés, quedó todo en agua de borrajas. En cuanto a Isabel, la habían destinado en el pasado al Delfín de Francia y durante mucho tiempo su madre había exigido que a su hija le dispensaran el trato de Madame la Dauphine. Lo cierto era que nadie podía saber con certeza qué le tenía reservado el destino. ¿Quién hubiera dicho que Isabel, después de la humillación que supuso que el Delfín la rechazara, se convertiría, gracias a su matrimonio con Enrique Tudor, en reina de Inglaterra?

Aunque ya nadie hablaba de ello, era a su hermano Eduardo a quien le correspondía ser rey. Pero ¿dónde estaba Eduardo? ¿Qué le había ocurrido? ¿Y dónde estaba su hermano Ricardo? Algunos decían que los habían asesinado en la Torre. Debía de ser verdad, porque de lo contrario el rey sería ahora Eduardo V o Ricardo IV y no Enrique VII.

Su madre había dicho: «No debemos hablar de este asunto porque intranquilizaríamos a la reina, que se halla

en un estado delicado.» ¡Qué extraño, no poder hablar de los propios hermanos! ¿De qué había que hablar? ¿Del tiempo? ¿De si debían coronar a Isabel una vez hubiese nacido el niño? ¿Del bautizo?

«No habléis demasiado del niño –les había prevenido su madre–, puede traer mala suerte.»

¿De qué se hablaba, entonces?

Pero a Cecilia le ahorraron el penoso esfuerzo de dar con un tema de conversación apropiado, porque de pronto Isabel se puso muy pálida, se llevó las manos al vientre y dijo:

–Son los primeros dolores, estoy segura. Id a buscar inmediatamente a nuestra madre.

Cecilia dejó caer el trozo del mantel del altar que estaba cosiendo y echó a correr; Ana permaneció sentada, mirando abatida y desconcertada a su hermana.

Isabel Woodville, la reina madre, estaba sola en sus aposentos. Anhelaba que aquel mes pasara rápido y que llegara por fin el día en que pudiera sostener a su nieto en brazos.

Estaba segura de que sería un niño. Si no era así, Isabel, su hija, debería quedarse otra vez en estado sin tardanza. No le cabía ninguna duda que Isabel, al igual que ella, tendría muchos hijos.

La idea de que volverían a conocer la prosperidad la llenaba de gozo. Ella y su familia habían atravesado tiempos muy difíciles, en los que temió estar al borde de la ruina y el desastre. Ricardo, el rey, nunca había demostrado tenerle afecto; deploraba que su hermano se hubiese casado con una mujer –decía– de baja extracción. Por supuesto, nunca osó hablar mal de ella en vida de Eduardo, y cuando este murió, Ricardo mantuvo su lealtad al difunto rey. Incluso cuando descubrió que Isabel conspiraba junto con Jane Shore contra él, fue indulgente. Pero ahora todo era distinto. Él estaba muerto –había hallado la muerte en Bosworth– y el nuevo rey se había convertido en su yerno.

Ojalá –pensó– la madre de Enrique no estuviera en el castillo. La condesa de Richmond, con sus aires de superioridad, ponía muy nerviosa a Isabel. Margarita Beaufort tenía, ciertamente, sangre azul, pero ese noble linaje, como todo el mundo sabía, se había fundado en tiempos recientes. Juan de Gante había legitimado a los Beaufort, pero eso no quitaba que en su origen hubieran sido bastardos. No podía negarse que los que tenían orígenes oscuros recurrían a la fuerza para imponer sus derechos. Isabel lo sabía muy bien porque pertenecía a ese grupo. Desde que el rey Eduardo se había prendado de ella y la había desposado, elevándola a un rango tan alto que causaba vértigo, había tenido que luchar para que todo el mundo la tratara con el debido respeto.

Lo mismo le ocurría a Margarita Beaufort, condesa de Richmond, y el hecho de que su hijo fuera ahora el rey la situaba por encima de la madre de la reina, pero –se dijo Isabel– nadie podía dudar que la joven reina, en tanto que hija del último rey, Eduardo IV, tenía más derecho a la corona que Enrique Tudor, que no la había heredado sino que la había conquistado.

Pero no había que darle vueltas a esa idea porque Enrique, que al casarse con la hija mayor de Eduardo IV había conseguido unir la casa de York y la casa de Lancaster, gozaba de una posición muy segura y nadie podría arrebatárle el trono.

¡En qué tiempos vivimos!, solía decirse con tristeza la reina madre, que todavía recordaba con embeleso los días en que un joven y ardiente rey, después de verla en Whittlebury Forest, la había cortejado con tal ferviente devoción que, a pesar de sus orígenes humildes, acabó convirtiéndola en su esposa y, por tanto, en reina de los ingleses.

Mientras vivió Eduardo, Isabel se había sentido segura, rodeada de su familia, a cuya prosperidad tanto había contribuido. Pero su esposo, que siempre había gozado

de una salud de hierro, murió de repente a la edad de cuarenta y cuatro años. Fue un duro golpe, pero aún lo fue más enterarse de que Eduardo había estado casado con Eleanor Butler, que todavía vivía cuando el rey desposó a Isabel. Eso la destrozó, porque significaba que su matrimonio quedaba anulado y que sus hijos eran ilegítimos.

¿Dónde estaban sus hijitos queridos? ¿Dónde estaba Eduardo, que había sido rey durante un breve tiempo con el nombre de Eduardo V? ¿Dónde estaba el duque de York? La oscuridad se los había tragado. Se rumoreó que su tío, Ricardo III, había dado la orden de matarlos en la Torre. Pero ¿por qué? Era un acto innecesario, puesto que los habían declarado ilegítimos. ¿Por qué, entonces? ¿Por qué, por qué, por qué? Sus amados hijitos... los había perdido para siempre. Los lloró mucho porque, a pesar de ser una mujer egoísta y vanidosa, era una buena madre y quería a sus hijos con pasión. Era todo tan misterioso... Recordó los largos y tristes días pasados en el santuario de Westminster, las noches frías, el desvelo y la angustia porque no sabía de un día para otro qué iba a ser de ella y de sus hijos...

Con el tiempo, Ricardo se había mostrado amable. Se llegó a rumorear que se casaría con la joven Isabel. Pero eso era absurdo. ¿Cómo iba a poder casarse con su propia sobrina? A Isabel, sin embargo, el destino la había elegido para convertirse en la salvadora de su familia, cuando Enrique, el nuevo rey, decidió desposarla. Eso significaba que no la consideraba una hija ilegítima... pero, si no lo era, entonces los jóvenes príncipes tampoco lo eran, y si estuvieran vivos... ¿qué derecho tendría Enrique al trono?

Era todo muy complicado, además de aterrador. Había que olvidar el pasado y decirse: En ese mundo tan incierto y tan cambiante, y acechadas por el peligro, hemos conseguido por fin sentirnos relativamente a salvo. A mis hijitos los he perdido para siempre, sí, pero mi hija es ahora la

reina de Inglaterra. Quizá fueran ciertos los rumores de que Ricardo había asesinado a sus hijos en la Torre, pero no alcanzaba a comprender qué le había movido a hacer algo así, puesto que los había declarado ilegítimos. Nunca lo entendería.

Era todo muy enigmático, pero al menos la desdicha pasada había dado lugar a la felicidad presente. Sí, haría bien en olvidar el pasado.

Si Isabel daba a luz un niño, la alegría general daría estabilidad al país. Aceptarían a la nueva dinastía, los Tudor, y el niño sería el nexo que uniría la casa de York y la casa de Lancaster, que así pondrían fin a sus viejas hostilidades.

Lo más importante ahora era cuidar a la joven reina para que ese niño, del que dependían tantas cosas, viniera al mundo sano y salvo. Pero todavía había que esperar un mes, y eso era mucho tiempo. Isabel estaba muy impaciente.

Cecilia entró como un torbellino en su habitación. A punto estuvo de reprenderla y recordarle que, aunque fuese la hermana de la reina, era también la hija de Eduardo el Grande, a quien sus súbditos seguían llorando... todavía. Pero no eran momentos para amonestaciones. Cecilia casi no podía hablar.

–*Milady*... venid rápido... mi hermana... Tiene dolores. La reina madre quedó paralizada por el terror.

–No... no puede ser...

Salió de la habitación y echó a correr hasta llegar a los aposentos de su hija.

Le bastó con una mirada.

–¡Llamad a la comadrona! –gritó.

Con la ayuda de las damas trasladó a la reina a la habitación que, gracias a Dios, ya habían preparado para el alumbramiento.

Cuando la condesa de Richmond se enteró de que la reina estaba a punto de dar a luz, se dirigió en seguida a la habitación que ella misma había arreglado para la ocasión. Todo estaba perfectamente dispuesto... Nadie debía poner en duda que Margarita consideraba que ese era el acontecimiento más importante para el país después de la coronación del nuevo rey.

Había dejado, muy magnánimamente, que la futura madre escogiera la habitación, pero fue ella quien se encargó de decorarla. Había dado órdenes de que colgaran un rico tapiz, que cubría las paredes, las ventanas e incluso el techo. Aislada del mundo exterior, la habitación, a la que no llegaba ni un rayo de luz, parecía el lugar idóneo para recibir a un futuro príncipe o a una futura princesa, había dicho la condesa. Y el rey, que no ponía en duda su autoridad en tales cuestiones, había dejado que todo se llevara a cabo según ella lo había dispuesto. En el momento del parto no debía haber más que mujeres en la habitación, de modo que la condesa había destinado a miembros de su propio sexo para puestos que, como los de paje o mayordomo, solían ocupar los hombres.

Sabía que a Isabel Woodville le hubiera encantado contravenir sus órdenes, pero que no osaba hacerlo. El rey sentía escaso afecto por su suegra, y esta era plenamente consciente de que si permanecía en la corte era solo porque al ser la madre de la reina no podía rechazarla y se veía obligado a tolerarla. De modo que, si quería quedarse donde estaba, debía doblegarse ante los deseos de su yerno, y en consecuencia también ante los de la madre de este.

La condesa de Richmond era una mujer muy decidida. Había sido guapísima en su juventud, aunque no tanto, desde luego, como Isabel Woodville, que había sido de una belleza deslumbrante. Tenía las facciones correctas y tan serenas y severas que daba la impresión de frialdad.

No era amiga de pedir consejos a nadie, pero no podía negarse que sentía auténtica devoción por su hijo.

Cuando nació Enrique, Margarita ni siquiera había cumplido catorce años y ya era viuda de Edmond Tudor, que murió en noviembre, tres meses antes de que naciera su hijo. Presa de la confusión, sintió un gran alivio cuando pudo retirarse al castillo de Pembroke, donde Jasper, su cuñado, le ofreció un hogar. Él se convirtió en el tutor del bebé y le ayudó a vencer toda clase de peligros, hasta que se convirtió en rey.

Los Tudor eran fieles partidarios de la casa de Lancaster y durante la guerra de las Dos Rosas sus sentimientos habían fluctuado entre el miedo y la esperanza. Las muertes de Enrique VI y de su hijo habían dejado libre el camino a Enrique. Margarita había deseado ardientemente que su hijo llegara a ser coronado y había rogado a Dios que se cumplieran sus sueños, que en apariencia parecían destinados a no poder realizarse. Pero Dios había accedido a sus ruegos y ella había puesto de su parte, recurriendo a la intriga y las maquinaciones. Enrique, cuyo derecho al trono incluso a ella le parecía poco fundado, había llegado a Milford Haven y de allí se había dirigido a Bosworth Field, donde la suerte quiso que pusiera fin al reinado de los Plantagenet y fundara la dinastía de los Tudor.

La guerra había tenido un final feliz y la decisiva intervención de Margarita era algo que Enrique no podía olvidar. La llenaba de satisfacción que su hijo le mostrara deferencia; era un joven serio y estaba convencida de que sería un buen rey. Sí, sin duda sería un rey excelente, porque estaba siempre dispuesto a escuchar los consejos de su madre.

Miró con reproche a la madre de la reina. Nunca había aceptado a Isabel Woodville y pensaba que el rey Eduardo había cometido una locura al casarse con ella. Todos sabían, por supuesto, que el rey era un libertino. Pero eso no explicaba su decisión de contraer matrimonio con

aquella mujer, más bien la convertía en un misterio. De todos modos, eso había ocurrido hacía mucho tiempo. Lo importante era que ahora Eduardo e Isabel habían dado al país una reina, una niña encantadora que cumpliría con sus obligaciones sin oponer resistencia. Margarita estaba convencida de que la reina sería dúctil y fácil de manejar. Además, al casarse con Enrique, la muchacha había unido la casa de York y la casa de Lancaster, acallando a aquellos yorkistas recalcitrantes y crueles que deseaban ver a Enrique derrocado. Todo había salido a pedir de boca, pensó Margarita.

A Isabel Woodville no le quedaba más remedio que aceptar que quien estaba al mando de todo en la casa real era la madre del rey. Y en aquel momento la decisión más importante era dirigir cuanto ocurriera en la habitación preparada para el nacimiento del nuevo miembro de la familia real. Margarita tendría un dominio absoluto e Isabel debería acatar sus órdenes.

–Hemos hecho bien en venir a Winchester con tiempo –dijo–, porque el deseo del rey era que su hijo naciera aquí.

–Yo hubiese preferido Windsor –comentó Isabel Woodville.

–Son los deseos del rey los que deben prevalecer en estos casos. Este castillo lo construyó el rey Arturo. El gran Arturo.

–Eso son solo suposiciones –interrumpió Isabel.

–Arturo es el antepasado del rey.

–Mi querida condesa, son muchos los que sostienen que descienden de Arturo.

–Quizá. Pero el rey no lo sostiene, simplemente es su descendiente. Siempre ha admirado profundamente a Arturo. De niño leía constantemente las historias del rey y los caballeros de su corte. Y cuando supo que iba a ser padre, dijo: «Deseo que mi hijo nazca en el castillo de Arturo.» Esa es la razón por la cual la reina se encuentra aquí.